

“Algún día el municipio de Poroma tendrá agua, árboles frondosos y mucho verde. Será como el dibujo que hizo Limber para la portada de este cuento. Seguro que la generación de jóvenes que yo conocí —estudiantes fuertes, luchadores e implicados— lo consiguen.”

Me presenté a un programa de voluntariado de la Junta de Castilla y León y fui seleccionada para ir a Bolivia (distrito de Poroma, Chuquisaca) con la ONG FABRE, los que me enviaron a la ONG local NORSUD (estos hicieron que en los 24 días que permanecí en Bolivia ni tan solo uno solo me sintiera sola). Aprendí que lo importante —los corazones laten igual en todo el planeta— es adaptarse al medio que nos ha tocado y, ellos, desde luego, lo hacen.



LOS CAMINOS DE LA VIDA

Lucía Santamaría Nájara

A los héroes silenciosos.

© Texto: Lucía Santamaría Nájara
© Fotos: Lucía Santamaría Nájara
© Portada: Limber Choclo Cuiza. Alumno de 12 años. San Juan de Orcas
(Poroma. Chuquisaca)
©Diseño y maquetación: Francisco García de Yébenes Castro



Esta edición está bajo una licencia de [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/).

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Dirijase a CEDRO.

—¡Quédate mamá!

—Mauricio, el viernes llega pronto.

—Sí, ya, te vas porque quieres más a los niños de San Juan.

—Todos sois importantes. A vosotros cinco —le dice cogiendo su cara entre las manos— os quiero más: sois mis hijos. Tengo que salir ya, cariño. Tengo que conducir de día y llegar al ensanche antes de que lo haga la *tranca*.

—*Apurate*, Belinda —interviene la abuela—. No hagas caso de los chicos. ¿Quién si no iba a traer la plata a esta casa? *Apurate*, hija, y no olvides la bolsa: te puse papas, arroz, verduras y unos huesos para el caldo. Ah, y *apis* morado, del que te gusta, para el desayuno.

—Gracias, mamá.

—Tienes que comer. La soledad es mala para la salud y allí estás muy sola. Y vete ya, hija. Todos los días hay muertos por esos caminos.

—¡Pues que trabaje en una oficina o en otro sitio! —protesta Mauricio con los brazos en jarras.

—Mauricio, cariño, cuando seas mayor...

—No me vengas con: ¡Cuando seas mayor lo entenderás! La frasecita de la abuela.

—No, no —dijo aguantando la risa por la ocurrencia—. No iba a decir la frasecita de la abuela. Iba a decir que cuando seas mayor siempre recordarás al maestro. Olvidarás a gran parte de tus profesores de instituto y de universidad, ¡seguro que serás licenciado!, pero jamás olvidarás al maestro. Quiero decir que lo que yo haga y deje dicho influirá en los jóvenes de San Juan de Orcas por eso es tan importante que vaya a estar con ellos.

Logró soltar a sus dos pequeños de los plisados de su falda de *cholita* —Belinda, mujer de tradición en el vestir y lejos de la norma en el pensar, había acabado con los estereotipos y mantenía las costumbres ancestrales que se le antojaban—. A ella también le dolía dejarlos. Cuando empezó con el magisterio le dijeron que se acostumbraría y no es verdad. No hay madre que se acostumbre a vivir alejada de sus hijos.



Belinda, mujer de arranque y decisiones, sale derrotada. La fortaleza no está reñida con la sensibilidad, al contrario a menudo va muy unida. Deja su casa resuelta, decidida, como si estuviera llena de vida y, por supuesto, sin perder la sonrisa. Atada a la pequeña maleta gris donde lleva la ropa —la que trae todos los viernes para lavar. Allí en San Juan de Orcas no hay agua. Bueno, en realidad, sí hay agua en la falda de la montaña, pero no pueden subirla hasta los tres mil metros—. Al atravesar el umbral de la puerta su mano se aferra con fuerza al asa de la maleta, hasta hacerse daño, todos los domingos le pasa lo mismo. Son las lágrimas retenidas, se vuelven rabia y coraje.

El viaje es largo, duro y triste, y la tensión constante. No puede permitirse bajar la atención. Bien se encargan las *apachetas* de recordar en numerosas curvas el peligro de los caminos, marcando exactamente el punto dónde aquellos que tuvieron vida la perdieron. ¡Y hay tantas!

Belinda empieza a relajarse solo cuando ya divisa el pueblo, cuando ha tomado la pista que arreglaron y que todos conocen como el

camino troncal. Hace mucho viento y el sol empieza a ocultarse. Atraviesa San Juan: esa calle llena de casas de barro, donde los ladrillos hechos de adobe se secan al sol, donde los chanchos se pasean tranquilos, y los telares quedan solos—, y llega a lo más alto, donde está el colegio. Aparca el auto y sin entrar en el cuarto que tiene habilitado para tener sus cosas: una cama, una mesa con tres sillas, un hornillo y una garrafa de agua que raciona y conserva como si fuera oro, se sienta en la barandilla del patio, ahora vacío, donde juegan los chicos y en ese momento se derrumba: echa de menos a los suyos.

La noche es triste y no por el cielo repleto de estrellas, es triste por la soledad. Vivir arriba en lo alto de las montañas en el colegio es muy gratificante por el día: hay voces, música, balones..., pero cuando el patio se queda vacío el silencio hace descender las estrellas hasta quitarle el aire, las montañas le agobian.



¡Maldito domingo! Nadie acompaña el silencio de la noche, ni siquiera un WhatsApp, no llegan por la mala conexión y porque sus hijos, los cinco —no solo los pequeños— siguen enfadados. Mañana, quizás, mañana reciba alguno. Aunque hoy domingo, tarde de silencio, no podría soportar las palabras de reproche de sus hijos debajo de aquel firmamento: le dolería todavía más la soledad.

El lunes, inyección de vida, salta de la cama, sin saber de dónde le viene la fuerza, toma el *apis* morado, su madre sabe que le gusta más que el blanco, y apenas sin haber dormido —la tristeza y la pena quitan el sueño— sube al Toyota rojo para ir por el camino troncal que divide las sierras en dos. Sube a lo más alto a buscar por los cerros, y como en su primer día de clase con la misma ilusión de aquella jovencita —hace ya dieciocho años—, cuando no sabía hablar quechua y su madre la acompañaba para hacer de traductora. Cuando todos pensaban que su madre era la maestra y se traía a su hija por no dejarla sola. Nadie relacionaba a esa joven callada

—por timidez y por no conocer la lengua— de cara asustada con la maestra.

Hay tantas montañas que Belinda más que ver adivina por cual van a salir. Todo cambia, todo se olvida, cuando divisa a lo lejos los primeros pequeños puntos de colores. Pequeños con pasos de gigante, con albarcas o sin ellas que llevan caminando horas. Ya les falta poco para llegar al camino troncal que desemboca en la escuela.

Corre hacía el otro lado del camino a buscar más puntos móviles, dispersos, colores que rompen el tono monótono de los Andes. Flores que revientan en la naturaleza. Son *poleras* de colores que se dirigen, desde sendas muy distantes, hacia el camino troncal, el que arreglaron y que conduce a la escuela y por el que puede pasar su Toyota rojo. ¡Ojalá, piensa, pudiera ir por los montes!



Ya preparada para ir a su encuentro y evitarles la última media hora.

Brígida sube al *carro* ilusionada, como todos los lunes, para comenzar la recogida. Va por el camino troncal. Las caras de los pequeños se iluminan. Ella frena para que suban al remolque.

La soledad se convierte en agradecimiento. ¡Cómo van hacia el auto! Todos esos niños, de pelo y ojos como el azabache, todo ese futuro viene por ella, a escucharla a empaparse de conocimientos, quieren saber.

En ese momento se le mueve el alma— ella es la encargada de formar y conformar a esos hoy niños y mañana hombres. Hoy futuro mañana presente.

Pelos despeinados, caras risueñas buscando ventanas al mundo, hacia el futuro. Reflexiona, mientras los mira por el retrovisor. Sabe que la vida es un ciclo y tiene la suerte de pervivir en ellos, aunque ella acabe dejando, como tantos colegas, su vida por el camino. Alguno de esos pequeños ocupará su lugar y revertirá lo aprendido a nuevas generaciones.

FIN

*Mi homenaje y mi gratitud a los profesores de
Poroma, por su generosidad, vocación, entrega
y profesionalidad.*

Gracias.

